



Dedicatorias de afecto y resistencia en la biblioteca de Consuelo Berges

por Carmen de la Guardia Herrero

RESUMEN: La biblioteca de la escritora Consuelo Berges, una de las escritoras modernas más singulares, tiene una peculiaridad: la de ser una biblioteca en su mayoría de libros escritos por mujeres y la de que esos ejemplares, estén dedicados. La revisión cuidadosa y la lectura de estas dedicatorias permite trazar la formación y la evolución de una red de amigas, casi todas escritoras, modernas, libres, y antifascistas cuyas vidas fueron arrojadas de su trayectoria lógica por la irrupción de los totalitarismos del siglo XX. En este texto hemos reconstruido y explorado esa conexión transatlántica de mujeres a través de sus itinerarios voluntarios e involuntarios trazados de forma nítida en esas dedicatorias de los ejemplares que llegaban, enviados por sus autoras, a la casa de Consuelo Berges, exiliada en el interior de España, durante la dura represión del régimen franquista. Esos contactos entre unas y otras, que atravesaban océanos, esas expresiones de afecto plasmadas en las dedicatorias de sus libros, creemos que fueron un motor y un impulso para la creación y hasta la supervivencia, muchas veces en el aislamiento, de esta generación de mujeres, en este caso latinoamericanas y españolas, que conocemos como las modernas.

PALABRAS CLAVE: dedicatorias de ejemplares; mujeres modernas; bibliotecas, traducción; afectos; franquismo.



ABSTRACT: The personal library of the writer Consuelo Berges, one of the most unique modern women writers, has a peculiarity: that of being a library in its majority of books written by women and that those copies are dedicated by their authors. The careful review and reading of these personal and autograph dedications allows us tracing the formation and evolution of a network of women friends, almost all Latin American and Spanish writers, modern, free, and anti-fascist whose lives were thrown from their logical trajectory by the irruption of the twentieth century totalitarianisms. In this text, we have reconstructed and explored this transatlantic connection of women through their voluntary and involuntary itineraries outlined in those personal dedications of the copies that arrived, sent by their authors, to the house of Consuelo Berges, exiled inside Spain, during the harsh repression of the Franco regime. Those contacts between them, that crossed oceans, those expressions of affection expressed in the dedications of their books, we believe that were an engine and an impulse for the creation and even the survival, often in isolation, of this generation of women, in this case Latin American and Spanish, which we know as modern.

KEY WORDS: signing copies; modern women; libraries, translation; franquism.

En un pequeño piso del madrileño barrio de Arguelles se encuentra un tesoro tan clandestino como las vidas de las mujeres que lo habitaron. La biblioteca de la escritora y excelente traductora Consuelo Berges (1899-1988) está llena de libros maravillosos, cuidados y anotados, pero sobre todo dedicados, la mayoría escritos por mujeres. Su revisión cuidadosa y la lectura de las dedicatorias y de las anotaciones de Consuelo Berges, en los ejemplares que llenan sus estanterías, permite trazar la formación y la evolución de una red de amigas, casi todas escritoras, modernas, libres, y antifascistas cuyas vidas fueron arrojadas de su trayectoria lógica por la irrupción de los totalitarismos del siglo XX.

En este texto queremos reconstruir y explorar esa conexión transatlántica de mujeres a través de sus itinerarios voluntarios e involuntarios trazados de forma nítida en esas dedicatorias de los libros que llegaban, enviados por sus autoras, a la casa de Consuelo Berges, una de las exiliadas en el interior de España, durante la dura represión del régimen franquista. Esos contactos entre unas y otras, que atravesaban océanos, esas expresiones de afecto plasmadas en las dedicatorias de sus libros, creemos que fueron un motor y un impulso para la creación y hasta la supervivencia, muchas veces en el aislamiento, de esta generación de mujeres, en este caso latinoamericanas y españolas, que conocemos como las modernas.



DEDICATORIAS

Si bien las dedicatorias de libros han sido objeto de atención de los historiadores no ha ocurrido lo mismo con las dedicatorias autógrafas de ejemplares por ser una práctica considerada como reclusa en el ámbito de lo privado y de lo singular. Los trabajos sobre bibliotecas, pensemos en los de Roger Chartier (1996) o Jean-François Botrel (2008), siempre se han afrontado para insistir en regularidades y en continuidades en los hábitos de lectura de determinados sectores sociales o de determinadas épocas. Y nada aportaban, para esa finalidad, esos espacios de expresión de relación afectiva, de complicidad o de admiración, que son las dedicatorias, siempre singulares, de ejemplares de libros. Y menos cuándo estas dedicatorias estaban firmadas por miembros de un grupo representado como dependiente, como es el de las mujeres, e iban dirigidas a otras mujeres que, además, en muchos casos, a lo largo de sus vidas mantuvieron una relación compleja con la propia autoría, como fue el caso de Consuelo Berges (de la Guardia, "El poder").

Como nos recuerda Gérard Genette en *Umbrales*, insistiendo en la rareza y en el poco interés que las dedicatorias singulares han tenido para los estudiosos, una de las diferencias entre las dedicatorias de libros y las de ejemplares está en "El carácter privado, no solo de la relación sino también de la comunicación...confidencial de la dedicatoria de ejemplar" (121).

La dedicatoria de ejemplares es, a su vez, y eso sí que confiere un gran valor a los ejemplares dedicados, la única parte autógrafa del libro y por supuesto es un espacio único. Además, mientras las dedicatorias de libros han existido desde la época romana, las de ejemplares, aunque aparecen sobre todo en el Renacimiento como una forma de recaudación extraordinaria de los autores antes de la regulación de los derechos de autor, están muy relacionadas tanto con la propia concepción de autoría como con la evolución de la idea de amistad que se produjo con la eclosión de espacios de sociabilidad nuevos como las tertulias, cafés, ateneos y salones surgidos desde finales del siglo XVIII y que se extendieron ya en el XIX por las ciudades europeas y americanas (de la Guardia, "Las culturas"). Teniendo en cuenta que la autoría femenina masiva es mucho más tardía que la masculina y que las "habitaciones propias" y por lo tanto las bibliotecas propias de mujeres tardaron mucho en surgir, es lógico que los escasos trabajos que sobre las dedicatorias de ejemplares existen no nombren ni siquiera a las mujeres.

Y de esa falta de interés general y particular por estos autógrafos, también nos habla el tiempo que tarda en surgir el propio significado de dedicatoria de ejemplar tal y como hoy lo concebimos. La primera vez que vemos una definición del término "dedicatoria" en los diccionarios históricos de la lengua española es en el de la Real Academia Española, de 1732, y significaba: "Carta o epístola escrita a la persona a quién se dedican las conclusiones o el libro, la cual siempre se pone al principio de la obra". Por lo tanto hacía solo referencia a lo que entendemos como dedicatoria de libro. No fue hasta el Diccionario de la Academia, de 1869, cuando se abrió la posibilidad de que las dedicatorias fueran, además de carta, nota, aceptando con ello la diversidad en su contenido y también la pluralidad de las personas a las que iban dedicadas. Esta



ampliación del significado se produjo pareja a la emergencia de las sociabilidades burguesas y obreras y, también, en plena transformación de lo considerado como íntimo que ya englobaba el concepto renovado de amistad.

En el Diccionario de la Real Academia Española de 1925 se añade la posibilidad de que las dedicatorias sean manuscritas. “Los escritos las llevan al principio, impresa o de mano”, afirmaba el diccionario diferenciando por primera vez las dedicatorias de libro de las de ejemplares. Desde entonces, no se han producido nuevos cambios de significado del término dedicatoria en los diccionarios de la RAE.

LA BIBLIOTECA DE CONSUELO BERGES

En la biblioteca de Consuelo Berges casi todos los ejemplares están escritos por mujeres. La mayoría son obras de autoras pertenecientes a esa potente red transatlántica de mujeres modernas, nacidas a finales del siglo XIX o principios del XX, que fueron capaces de sobrevivir y de reconstruirse como escritoras o traductoras a pesar de los envites que las dictaduras y sus represiones causaron en sus vidas. Y casi todos esos ejemplares de autoría femenina, están dedicados y firmados, como un claro reforzamiento y como una reivindicación orgullosa de su papel de escritoras y de lectoras.

Es de nuevo Gérard Genette quien nos recuerda, que las dedicatorias de ejemplares amistosas o de homenaje, que son las que inundan la Biblioteca de Berges, requieren siempre “Una especificación: ya sea con un simple adverbio de la relación entre dedicador y dedicatario o ya sea (mejor) de la relación del dedicatario y la obra, o (aún mejor) de las dos a la vez” (*Umbrales* 120). Por lo tanto estas dedicatorias singulares de ejemplares entran de lleno, a través de esos comentarios autorales, en la definición de paratexto dada por el propio Genette en otra de sus obras (*Seuils*).

Sin embargo el interés por las dedicatorias en este trabajo tiene un sentido de ida y vuelta. La atención está en el texto autógrafo que nos permite por un lado vislumbrar a la autora que dedica, aspectos de la obra, pero también, a través de la relación entre las dos, plasmada en esa dedicatoria, deja entrever representación que se tiene de la receptora, en este caso de Consuelo Berges. Como nos recuerda María Victoria Calvi, la propia noción de paratexto está emparentada con la de parergon concepto kantiano desarrollado por Derrida, que “Indica los elementos accesorios de la obra de arte, que se sitúan en la frontera entre lo propio de la obra y su contexto” (Calvi 215). Esa situación fronteriza de las dedicatorias de ejemplares les otorga capacidades poliédricas. En este caso el interés está en la información que sobre afectos, resistencias y fragmentos de historias de vida compartidas, nos aportan.

La rica biblioteca de Consuelo Berges, repleta de estos ejemplares dedicados, sigue estando en el edificio en dónde ella habitó muchos años, a lo largo de su dilatada vida, en la madrileña calle de Andrés Mellado. No en la que fue su casa sino en un piso bajo, más accesible, para sus escasos visitantes, y custodiada por la Fundación Consuelo Berges, que ella misma creó cuándo decidió dedicar los derechos de sus traducciones a un premio de traducción instaurado para ensalzar la labor de esos creadores invisibles, tan poco reconocidos, los traductores, que están detrás de la lectura de muchas obras.



Esta biblioteca, y eso es lo más sorprendente, está constituida, en su gran parte, con libros que proceden de la amistad entre mujeres. La mayoría de las autoras son, como ya se ha señalado, de la misma generación que Consuelo Berges –es decir nacidas a finales del siglo diecinueve y principios del siglo veinte– aunque también hay libros dedicados por autoras más jóvenes siempre indicando el magisterio en sus vidas de Consuelo Berges. “A Consuelo que me enseñó a leer y a escribir, con mi agradecimiento, mi admiración y todo mi afecto”, es el texto de la dedicatoria de Rosa Montero (1951) a Berges en su ejemplar de *Te trataré como una reina*, dedicado el 25 de febrero de 1986.

Todas las dedicatorias de la biblioteca de Consuelo Berges están relacionadas con diferentes etapas y geografías de su azarosa vida y de la de toda esta generación de modernas. Es cierto que, como nos recuerda Shirley Mangini, en su juventud, la gran mayoría de las modernas, fueron viajeras porque tuvieron voluntad de conocer y de experimentar la libertad y la soledad (Mangini 174). Más tarde, muchas de ellas fueron arrojadas al espacio del exilio forzadas por el ascenso y a veces el triunfo de los totalitarismos en Europa y en América Latina.

Así en la biblioteca de Consuelo hay libros de sus amigas argentinas, mexicanas, chilenas, cubanas, francesas y muchas de sus amigas españolas diseminadas por el mundo, tras su forzado exilio, o habitantes “con secretos” en la España franquista. Libros ilustrados por Norah Borges, escritos por Celia de Diego y por Concha Méndez que recuerdan su juventud en Argentina; libros de las cubanas Dulce María Loynaz y Ofelia Rodríguez Acosta; de la chilena Gabriela Mistral que nos hablan de su paso por Madrid como cónsul de Chile; de las exiliadas españolas en Estados Unidos como Victoria Kent, Justina Ruiz de Conde y Concha Zardoya; de exiliadas en Brasil y también en Argentina como una de sus grandes amigas de por vida, Rosa Chacel; de la inmensa comunidad de exiliadas en México como Concha Méndez, Aurora de Albornoz y María Dolores Arana; y también de las represaliadas, como la propia Consuelo Berges, por el franquismo en el interior de España como María Luz Morales. Además hay ejemplares de sus antiguas amigas de compromisos políticos y literarios durante la Segunda República Española y la Guerra (1931-1939) como Carmen Conde, Amanda Junquera o Elizabeth Mulder. Y algunos libros, también dedicados y preciosos, de sus amigos varones.

Las dedicatorias son muy diversas. Algunas se repiten en los diferentes ejemplares de la autora como ocurre con todos los libros de la que fue su gran amiga de juventud, Concha Méndez, haciendo necesario insistir en que la amistad permanece; otras son humildes y temerosas, otras osadas, otras cómplices pero casi todas cargadas de un inmenso afecto. Y también, como ocurre en el caso de Gabriela Mistral, hay silencios. Los ejemplares de sus libros no están dedicados.

LA DEDICATORIAS Y LOS ITINERARIOS DE VIDA. LA NIÑEZ Y PRIMERA JUVENTUD EN UCIEDA Y SANTANDER

“A mi querida amiga y compañera, prima, además, Consuelo Berges, cultísima escritora de muchos valores literarios”, rezaba la dedicatoria escrita ya con mano temblorosa, en uno de los muchos libros de la escritora Concha Espina (1869-1955) que habitan en la



Biblioteca de Consuelo Berges. Esta dedicatoria, en concreto, estaba escrita en *Un valle en el mar* y fechada de manera poética: "Día de San Silvestre, de 1949". Las dos escritoras, Concha Espina y Consuelo Berges, eran familia y habían crecido, con más de quince años de diferencia, en esos espacios rurales y bellísimos del interior de Cantabria que rodeaban la aldea natal de Consuelo: Ucieda. "¿Sabían ustedes que es un invernadero? Si no son de los pueblos montañeses y agrestes de Cantabria", escribía Consuelo Berges en 1977, sobre su pequeño pueblo natal, "De pueblos chicos, remotos, escondidos en un angosto valle o encaramados en un risco en las cuencas altas del Saja, del Nansa, del Besaya", continuaba, "Es muy probable que no sepan lo que es un invernadero aunque viene en el diccionario", concluía ("Raíz" 62).

En el corazón de un invernadero, en el monte del Río de los Vados, en Ucieda, pasó la niñez Consuelo Berges. Y de esos primeros años hay muy pocas huellas en su biblioteca. Se sabe que Consuelo Berges Rábago había nacido de una relación extramatrimonial de Belinda Berges Rábago con Manuel Quirós, un miembro de esa familia de tanto peso en Cantabria, la de los Gutiérrez Cueto. Es la propia Consuelo quien en un esbozo sobre sus primos por parte de padre –la folclorista y diputada del PSOE durante la Segunda República española, Matilde de la Torre Gutiérrez; la escritora, Concha Espina; la excelente pintora María Blanchard (María Gutiérrez Blanchard); el escultor Germán Gutiérrez, y el escritor Ramón de la Serna– nos habla con admiración de su familia paterna. De esos tíos abuelos, algunos marinos mercantes, de esa saga que como Consuelo Berges afirma "Podría dar materia, si ese modo de novelar continuara vigente, a una de aquellas sagas de los Karamazov, los Rougon-Macquart, los Budenbrook", y continuaba Berges, "Fueron nueve hermanos, de ellos siete varones...y todos ellos con dotes extraordinarios para la pluma, el arte y la aventura". Uno de sus tíos abuelos, Sixto, se instaló en Perú, y fue el causante del primer viaje largo de Consuelo que fue allí, a los Andes peruanos; otro de los hermanos, Javier Gutiérrez Cueto, emigró a México, y fue el padre del excelente escultor cubista (y comunista), Germán Gutiérrez; Fernando fue un marino cántabro destacado; Enrique Gutiérrez Cueto fundó el periódico *El Atlántico*, y fue el padre y el impulsor artístico de María Blanchard; de las dos hermanas Gutiérrez Cueto, una fue la abuela de Consuelo, Julia Gutiérrez Cueto, y la otra mujer de la saga, Ana Gutiérrez Cueto, fue la madre de Matilde de la Torre Gutiérrez (62-63).

Consuelo Berges creció pues en Ucieda con sus abuelos paternos, con los Quirós-Gutiérrez Cueto. Su padre se hizo cargo de la pequeña pero los apellidos de Consuelo fueron los de su madre, Berges Rábago y, de alguna manera, ese hecho ha dificultado la reconstrucción de su vida y de sus primeros afectos (Balló 133-134).

La madre de Consuelo, Belinda Berges, se casó otra vez y no se llevó a la niña. De ese matrimonio Consuelo Berges tuvo cinco hermanastros, con los que parece tuvo una buena relación. Su padre ya estaba casado, allí en Ucieda, y tampoco se llevó a Consuelo a vivir a su casa durante sus años de niñez. Qué sepamos, por parte paterna, también tuvo un hermanastro, el excelente pintor, Antonio Quirós.

Consuelo creció pues con sus abuelos paternos pero, sobre todo, recuerda a su abuela Julia Gutiérrez Cueto que era una mujer agnóstica, progresista y culta. "Siendo un pueblo muy pequeño del valle de Cabuémiga, mi abuela no iba a misa y yo tampoco. Nunca hice la primera comunión" (Benítez 82). Su casa tenía una excelente biblioteca y todo –nacer en un lugar tan pequeño como Ucieda, crecer en el seno de una familia progresista sin el control directo de sus padres– dio lugar a una niñez libre y sin



escolarización reglada. “En casa de mis abuelos había libros, muchos libros”, le contaba Consuelo Berges a Esther Benítez, “Y yo empecé a leer todo lo que caía en mis manos...una historia de la mitología griega, ...el Quijote”, continuaba su relato Consuelo Berges y reconocía también: “Yo nunca fui a la escuela, como Rosa Chacel. Y aprendí a leer, no sé como, en casa, en un periódico que se llama *El Cantábrico*” (Benítez 82).

De esos primeros años no tenemos muchas más noticias. Sí sabemos que con quince años se trasladó a vivir con su padre a Santander y que allí sí estudió, tras aprobar un duro examen de ingreso, en la Escuela Normal de Santander obteniendo el título de maestra. También que, en esos años, estuvo muy unida a todos sus primos y sobrinos con los que hacía muchas excursiones. “Aquella excursión, integrada por casi toda la parentela joven que se encontraba a mano –creo que la que más años tenía y estaba en la treintena, era la anfitriona, Matilde de la Torre...se celebró para conmemorar la aparición de otro retoño familiar procedente de México” (“Raíz” 63). Esas relaciones entre este grupo de creadores que tuvieron en común pertenecer a la saga de los Gutiérrez Cueto, se mantuvo a lo largo de sus azarosas vidas a pesar de estar desperdigados por Europa y por América. Fue con ellos, con parte de esos primos, con los que comenzó la andadura de su vida adulta Consuelo Berges.

Su primer trabajo fue en la Academia Torre, empresa docente iniciada por su prima, Matilde de la Torre Gutiérrez, en su finca de Cabezón de la Sal. Matilde no tenía título de maestra y lo necesitaba y Consuelo no tenía trabajo por lo que se unieron y crearon y mantuvieron ese centro de estudios para estudiantes de bachillerato. En esos años mientras enseñaba, Consuelo también inició una carrera exitosa como periodista colaborando en *La región*, periódico dirigido por el escritor y periodista Víctor de la Serna, hijo de su prima Concha Espina (Balló 136).

Fue con otra de sus primas, con Julia Gutiérrez Cueto, que había nacido y crecido en Perú, con quién inició su periplo americano que duró cinco años.

“MI REMINGTON VERDE”. PERÚ Y ARGENTINA

Julia Gutiérrez Cueto viajó con sus cuatro hijos desde Perú a Cantabria a conocer a su familia y a dejar a sus dos hijos mayores estudiando allí. Y esa visita fue vista por Consuelo como una oportunidad para iniciar uno de sus primeros y quizás el más apasionante de sus viajes. En plena dictadura de Primo de Rivera, la cada vez más izquierdista Consuelo, no se sentía nada cómoda. “Que la dictadura os sea leve y que a mí no me sea demasiado grave la expatriación”, escribía Consuelo Berges en *La Región* poco antes de viajar a Perú (Balló 138). Pero había otras razones para su marcha. Viajar para esta generación de mujeres era sinónimo de libertad. Privadas todavía, en casi todas las naciones de derechos no solo políticos sino también civiles, consideradas todas menores de edad, el viaje era una invitación para apropiarse de su destino. Y entonces, todavía en los años veinte, estos viajes eran buscados y deseados. Consuelo Berges viajó con Julia y dos de sus hijos a Perú, a Arequipa, en diciembre de 1926.

En la estancia peruana, si hacemos caso de sus recuerdos, Consuelo Berges fue feliz. “Julia tenía la única librería que había en Arequipa...yo vivía en su casa y me lo pasaba muy bien...daba clase en una academia y colaboraba en un periódico *Las noticias*” (Benítez 83). Allí, además, el marido de Julia le regaló su tesoro: su máquina de



escribir verde. Una de las cosas que más disgustaron a Consuelo Berges y que siempre contó, hasta en su vejez, fue el robo, en Barcelona, años después de regresar a España, durante la Guerra civil española, de esa preciosa máquina de escribir, su Remington verde, que para ella era un auténtico talismán.

Al volver su prima Julia de visita a Cantabria, Consuelo decidió quedarse sola en América y dirigirse a la ciudad de Buenos Aires, que junto a París y Nueva York, era la ciudad preferida de las modernas hispanohablantes. Allí trabajó de periodista, sobre todo de la prensa dirigida por emigrantes españoles. Así el *Diario español* fue su casa durante esos años. Poco a poco se fue introduciendo en el periodismo argentino y comenzó a publicar en *La Nación* y en otros periódicos. También impartió conferencias.

El núcleo de amigas de Consuelo Berges en Buenos Aires fue enorme y muchas siguieron en contacto a lo largo de sus vidas. Algunas como fue el caso de María Luisa Domínguez, Alfonsina Storni, Salvadora Leguina y Celia de Diego eran nuevas. A otras las había conocido a través de amigos españoles, como a Norah Borges, que tantas ilustraciones hizo en los libros de las modernas, muchos de ellos en la biblioteca de Consuelo, y que fue la mujer de su amigo el también periodista Guillermo de la Torre. Y otras, como una de las mujeres más importantes en su vida, la escritora Concha Méndez, eran españolas. "A mi perdida y siempre recordada Consuelo Berges", le escribía en 1961 la poeta argentina María Luisa Domínguez en una dedicatoria diferente por no estar colocada al principio de *Salmo de la rosa*, sino que estaba en el poema 2, un poema de reconocimiento y de amor. También le dedica su obra, *Un grillo entre los juncos*, Celia de Diego, seudónimo de la escritora argentina Celia Reguera.

Concha Méndez llegó a Buenos Aires por razones muy parecidas a las de Consuelo: ansia de viajar, de libertad y deseos de profesionalización; pero lo hace más tarde, en 1930. Consuelo Berges estaba terminando su primer libro, *Escalas*, del que nunca se sintió muy orgullosa y seguía escribiendo artículos para periódicos. Se hicieron pronto muy amigas. "En la sala de espera del Consulado español conocí a Consuelo Berges: le mostré unos manteles de Largartera que quería vender y entre mantel y mantel empezamos a citarnos todos los días", contaba Concha Méndez a su nieta (Ulacia 73). Esa amistad entre las dos fue muy fructífera. Consuelo Berges le abrió Buenos Aires a su nueva amiga. Le ayudó a encontrar trabajo, las dos tuvieron un sueldo fijo como secretarias del proyecto del pabellón argentino de la Ciudad Universitaria madrileña, y le abrió las redacciones de diferentes periódicos en donde Méndez publicó, de forma asidua, poesía. A cambio Concha Méndez introdujo a Consuelo Berges en esa red de mujeres modernas que se tejió alrededor de la madrileña Residencia de Señoritas y de otros espacios de sociabilidad femenina, como el Lyceum club, en donde Concha se movía con fluidez. Carmen Conde, Ernestina Champourcín, Maruja Mallo, Rosa Chacel, María Zambrano, y sus obras, desfilaron en las conversaciones de las dos amigas en Argentina. Recordemos que Consuelo Berges, en 1930, todavía no conocía Madrid porque viajó directamente desde Santander a Arequipa (Balló141). Y esa correspondencia que Consuelo mantuvo con las amigas de Concha, iniciando así amistades epistolares, sobre todo con Carmen Conde y Ernestina de Champourcín, fue esencial para facilitar su regreso a España.

También la obra creativa de Concha Méndez y Consuelo Berges fue atravesada por la estrecha relación entre las dos. "Los *raids* náutico astrales de Concha Méndez Cuesta", así tituló Berges su prólogo al poemario que Méndez publicó en Buenos Aires titulado



Canciones de mar y tierra dando cuenta con él, de la modernidad de las dos amigas. De la misma manera fue Concha Méndez quién hizo un prólogo en verso al libro de su amiga, *Escalas* (Valender 77). Era obvio que las dos amigas trabajaron, escribieron, colaboraron y socializaron juntas en su estancia bonaerense.

La proclamación de la Segunda República en 1931 llenó de ilusión a estas dos españolas y decidieron embarcarse y retornar a Europa. Antes de instalarse en Madrid pasaron unos meses en París cerca de las primas de Consuelo Berges, la ya exitosa pintora, María Blanchard y de su prima peruana, Julia Gutiérrez Cueto que entonces ya residía allí. Por razones que nunca desvelaron ningún de las dos, la relación de íntima amistad entre Consuelo Berges y Concha Méndez se quebró en esta estancia y volvieron a Madrid ya distanciadas.

Concha Méndez se reencontró en la Villa y Corte, ya alejada de Consuelo, con sus viejos amigos, la mayoría de la Generación del 27, recordemos que su primer novio y también su primera desilusión amorosa, fue Luis Buñuel. Se casó con el poeta Manuel Altolaguirre, solo un año después de regresar, y comenzó una vida a su lado como impresora y editora. Consuelo Berges insistió en mantener una cierta distancia con Concha y por lo tanto también con ese potente grupo de amigos tan activo en el Madrid republicano.

No sabemos si por ello, pero lo cierto es que Consuelo Berges tardó mucho en adaptarse de nuevo a España. "Estoy en Madrid hace dos meses largos", escribía Consuelo Berges a Carmen Conde en diciembre de 1931, "Un poco a oscuras todavía. Un poco decepcionada ante la caída de la tensión política con relación a la que yo esperaba y a la que sin duda hubo en los albores de la república", concluía.¹

De la separación entre Concha Méndez y Consuelo Berges, de ese desencuentro y, sobre todo, de los intentos de acercamiento y del cariño que Concha Méndez siempre mantuvo por Consuelo, nos hablan las dedicatorias que Concha Méndez hizo a Consuelo de todos sus libros. "Para ti, Consuelo Berges con el cariño de siempre, para siempre", le escribía desde México, una exiliada Concha Méndez, en una de las reediciones de *Surtidor*, a su antigua amiga ya en 1960; "Para ti Consuelo Berges con el cariño de siempre", repetía Concha Méndez parte de su dedicatoria insistiendo en la lealtad de su afecto, en *Dos orillas. Antología poética*, en 1976. Sólo en la dedicatoria de sus *Villancicos*, el texto fue otro al escribir: "Para ti Consuelo y que me recuerdes en las Navidades de aquel legendario Madrid", escribía Concha Méndez añorante también desde México a su vieja amiga Consuelo Berges en 1958.

MADRID

Pero aunque Consuelo Berges guardase la distancia con el grupo de la Generación del 27, su núcleo de amigos en Madrid fue rico y diverso. Cuando Consuelo Berges llegó de París, a la primera persona que se acercó fue a la diputada y feminista republicana Clara Campoamor. "Yo traía una visita para ella y me fui a verla y desde entonces fuimos muy amigas", le contaba a Esther Benítez, Consuelo. "Aunque distanciándonos poco a poco

¹ Consuelo Berges a Carmen Conde, Madrid, 20 de diciembre de 1931, Archivo Carmen Conde, Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver.



políticamente: ella no pasaba de republicana anti-clerical: sociológicamente no iba más allá”, afirmaba Berges en la misma entrevista (85).

Con Clara Campoamor, Consuelo compartía un férreo feminismo militante pero ideológicamente fueron muy dispares. Las dos trabajaron en la empresa feminista de Clara, la Unión Republicana Femenina, pero a Consuelo esta empresa pronto le pareció moderada al inclinarse cada vez más por el anarquismo. Clara Campoamor, a pesar de esa distancia, le ayudó a encontrar un trabajo remunerado, el de bibliotecaria en el Archivo de la Junta Provincial de Beneficencia de Madrid, que le gustó mucho. Además Consuelo Berges continuó colaborando con la prensa argentina, cántabra y madrileña. En esos años las dos, Clara y Consuelo, se introdujeron en la masonería. La logia elegida, si hacemos caso a Ortiz Albear, fue “La logia de adopción Amor, de Madrid...su nombre también aparece relacionado con la logia Reivindicación” (Ortiz).

El círculo de amistades de Berges, casi todas mujeres, conforme se alejaba ideológicamente de su mentora, Clara Campoamor, se abría. Muchas, entonces todavía políticamente radicales, fueron escritoras, como Carmen Conde, Amanda Junquera y sobre todo Rosa Chacel. Estas amigas madrileñas lo fueron de por vida aunque de las dos primeras, de Amanda y de Carmen, íntimas en esos años, se fue distanciando al acercarse ellas a valores considerados por Consuelo conservadores. Amanda Junquera y Carmen Conde, además, no apoyaron su incesante actividad política y feminista por considerar que implicaba una gran dispersión. Según ellas, el activismo, la curiosidad, el propio interés por la literatura en otras lenguas, era la causa de que Consuelo Berges se alejase de la creación literaria que debía ser, según ellas, su opción prioritaria.

“A Consuelo, con mi gran cariño inalterable, admirándole en lo que hace y en lo que haría...si quisiera hacerlo”, le escribía su amiga Carmen Conde, de manera un poco displicente en la dedicatoria de un ejemplar de *Júbilos* firmada ya en 1947 (fig.1). Más cariñosa y con menos juicios de valor son las dedicatorias de Isabel de Ambía, seudónimo de Amanda Junquera. “A Consuelo Berges, para agradecerle con minúscula prueba, el precioso envío de sus *Escalas*, tan bien entonadas”, escribía Amanda en su dedicatoria de una de sus muchas obras eruditas, *Don Ramón del Valle Inclán en Roma* firmada el 29 de enero de 1946.

De todas las amigas madrileñas la que más cerca estuvo de Consuelo a pesar de su exilio en Brasil y Argentina fue Rosa Chacel. Sus dedicatorias muestran complicidad, respeto por la diferencia y sobre todo amistad. “Consuelo para que aprendas a resistir, con todo cariño, Rosa”, fue la dedicatoria de Chacel en su libro de memorias, *Alcancía (vuelta)* en 1974; “Consuelo que estás páginas te defiendan de tu mortal enemigo, la soledad” escribió Chacel en el ejemplar de *Barrio de Maravillas*. “Consuelo con mi no contable amistad, mi admiración y mi cariño”, rezaba la dedicatoria de *Últimas tardes con Teresa*, en 1971. “Consuelo, encontrarás aquí todo lo que ya sabes”, fue la de *Acrópolis*. “Consuelo esta escolopendra que tantos años me costó parir. Con infinito cariño Rosa”, escribió Chacel en el ejemplar para Consuelo de *Saturnal*. “Consuelo no fui capaz de improvisar como tú, ¡Estoy tan cansada! Te traigo estos versos con inmenso cariño” (fig. 3), le escribió cómplice, y ensalzando ese aspecto del carácter de Consuelo, que para unas era dispersión y para ella capacidad de adaptación, en la primera página de *Versos prohibidos*.



También Consuelo se relacionó con muchas amigas americanas residentes esos años en Madrid. Durante la etapa de Cónsul de Chile de Gabriela Mistral, entre 1933 y 1935, Consuelo fue habitual en las tertulias, casi siempre solo femeninas, de su casa madrileña, pero sus trayectorias vitales se fueron separando.

Es en la "Carta abierta a Gabriela Mistral" publicada en *El Diario* español, el 29 de diciembre de 1935, en donde se aprecian ya las desavenencias entre las dos. En su etapa latinoamericana, Consuelo Berges se enfrentó a muchos escritores, entre ellos a Gabriela Mistral, al hacer, en muchas ocasiones, una defensa de las actitudes españolas en América durante el periodo de dominio. Cuando a Mistral se le acusó, por parte de la comunidad de emigrantes españoles en Chile, de ser anti-española, al hacerse pública una carta privada escrita a sus amigos en donde protestaba por algunos comportamientos y aspectos de la España de entonces, Consuelo consideró que había similitudes entre los dos casos e intentó aprovechar y pedir un desagravio. Así Consuelo Berges se presentaba en ese texto frente a Gabriela Mistral como "Española, de españolismo agresivo en la emigración, con menos prejuicios...de los que usted me atribuye". Y continuaba defendiendo a Mistral "Contra todos mis compatriotas más o menos emigrados", no de la carta publicada de Gabriela Mistral, "sino del derecho, ¡no faltaba más! de juicio y, sobre todo, del derecho de sensibilidad ante todas las realidades y todas las apariencias peninsulares...". Pero, el texto seguía por derroteros peligrosos porque, de nuevo, se apreciaba un cierto "españolismo agresivo" en Berges. "A mí me negaron en América el recíproco y me rebelé contra esta negativa", continuaba Berges. "Protesté en América y contra América como he podido protestar en mi propia España contra mi propia España". El acercamiento no se produjo. Conociendo el pensamiento de Gabriela Mistral esta fraternidad propuesta e indicada por parte de la española escondía, para muchos lectores, y creemos que también para Gabriela, un cierto paternalismo.

EXILIOS Y RETORNOS

Muy poco después del estallido de la Guerra civil española, en 1936, a Consuelo Berges que había colaborado en Madrid con la creación, junto a sus amigas catalanas Mercedes Comaposada Guillén, Amparo Posch Gascón y Lucía Sánchez Saornil, de la asociación anarquista Mujeres Libres, en abril del 36, y también con la edición de los dos primeros números de la revista feminista del mismo nombre, se le encomendó la evacuación, para evitar los bombardeos, de un grupo de niños madrileños a Granollers. Atravesó con ellos la Península pero los dejó al cuidado de otras personas y se marchó a Barcelona en donde su compromiso con el proyecto feminista anarquista, se incrementó. Siguió vinculada a Mujeres libres, trabajando mano a mano con sus amigas anarquistas.

En 1939, tras el triunfo franquista, acompañada por Mercedes Camaposada y otra amiga, Consuelo Berges formó parte del duro paisaje del éxodo y del exilio hacia la frontera francesa. La travesía fue dura. "Dormimos en Llançà, un puertecito ya cerca de la frontera; allí mismo nos bombardearon todavía", recordaba Consuelo Berges. "Y luego pasamos la frontera por Potbou...y allí estuvimos tirados casi todo el día con un frío



espantoso...hasta que nos llevaron a Cerbère” continuaba el duro relato Berges (Benítez 86) Entre confinamientos, escapadas y detenciones las tres amigas fueron separadas. Consuelo llegó a París última escapándose de la comuna del Haute Loire en dónde había sido confinada como refugiada y por lo tanto sin ninguna documentación. Le acogieron Mercedes Camaposada y su compañero, el ilustrador de *Mujeres Libres*, Baltasar Lobo en su casa.

Ya desde finales del año 1939 muchos españoles republicanos refugiados en París, entre ellos Consuelo Berges, sabían que entre los objetivos de Hitler estaba Francia y que para ellos sería desastroso. De los intentos de Consuelo para alejarse del horror sabemos por las cartas que cruzó con Gabriela Mistral.

La correspondencia entre estas dos mujeres, en esos años de zozobra, es cuanto menos triste. Consuelo Berges escribió desde París a Gabriela Mistral pidiéndole apoyo para lograr exiliarse a Chile poco antes de la ocupación alemana. Gabriela Mistral le contestó con una carta elusiva y suponemos que dolorosa para Berges. En el texto, Gabriela, tras recordarle “Que he tenido todo el tiempo tantas cartas de refugiados españoles que sé muy bien su pesadumbre”, le recomendaba que aceptase su nueva condición de refugiada. “Hay que pensar solamente en olvidar un poco, Consuelo amiga, en aceptar la idea tremenda de comenzar otra vida, y comenzarla, aunque parezca demasiado decir, con alegría”. Tras insistir en su compromiso con los refugiados españoles: “Me he ocupado de que vayan a México algunos amigos: unos aceptan y no van, otros desean ir y tienen el problemón de los pasajes...que solo da el gobierno a los profesores de fama..”, continuaba Gabriela su carta de una manera disuasoria. “En todo caso es México el único país nuestro que recibe españoles. En Chile aceptan labradores y pescadores”. Pero la carta se endureció más sobre todo en los consejos finales. Tras recomendarle que regresase a Argentina, Gabriela Mistral afirmaba: “Usted Consuelo, cuando su espíritu se pone en un plan de fuerza y alegría, puede hacer mucho. Usted se ha desperdiciado a sí misma; se ha dado, tal vez, sin canal de oficio o profesión”, exclamaba de forma dura, y recordando a las “críticas” vertidas en alguna dedicatoria por Carmen Conde, Gabriela Mistral, “Ahora es tiempo de ordenar su vida, aun así, en medio de esta tragedia sin nombre”, concluía su carta fechada el 16 de junio de 1939.² Esas duras palabras de Gabriela Mistral y la falta de ayuda, nunca las olvidó Consuelo. En un artículo publicado por la revista *Triunfo* en 1975, Consuelo Berges las parafraseaba en su texto que era un obituario a su primo el escritor Ramón de la Serna, y ponía como nota a pie de página la fuente repitiendo, una a una, las palabras que le escribió Gabriela y reconociendo públicamente que se las había escrito a ella, a Consuelo, 36 años antes (“Raíz” 65). En la Biblioteca de Consuelo Berges hay muchos ejemplares de obras de Gabriela Mistral. Ninguno está dedicado por la autora. Lo sorprendente es que esa ausencia de dedicatoria va unido a una “venganza”: la mayor parte de los libros mantienen todavía las páginas sin separar. Son libros intonsos ya que nunca fueron abiertos (ni leídos) por la presumible lectora.

² Carta de Gabriela Mistral a Consuelo Berges, Niza 16 de junio de 1939. Archivo Gabriela Mistral, Biblioteca Nacional Digital de Chile.



“A Consuelo Berges: estas viejas páginas. Ellas recogen reflejos de situaciones vividas en la clandestinidad en Francia, en aquellos años difíciles. Con mi afecto Victoria”), rezaba la dedicatoria del libro autobiográfico (fig. 4), *Cuatro años en París*, escrito por la abogada, diputada y Directora general de prisiones durante la Segunda República española, Victoria Kent, en los años que ella, al igual que Consuelo, estaba encerrada y en la clandestinidad en la Francia ocupada. Este texto de Victoria Kent, que contaba en primera persona las reflexiones en la clandestinidad de una de las españolas más buscadas por la Gestapo, entre 1940 y 1944, había visto la luz por primera vez en francés, en enero de 1947, con el título *Quatre ans à Paris*, publicado en la editorial Livre de Jour, traducido y corregido por el profesor de la Sorbona e hispanista Pierre Darmangeat. En español, se publicó en Buenos Aires, en septiembre de ese 1947, con el título *Cuatro años en París* por la editorial Sur, que dirigía Victoria Ocampo, gran amiga tanto de Victoria Kent como de Consuelo Berges. Era, sin embargo, un texto poco conocido en España porque, como tantos otros libros escritos y publicados por exiliados, no se había podido editar bajo la dictadura franquista.

La primera edición española de *Cuatro años de mi vida* fue un empeño al alimón de Consuelo Berges y de la propia Victoria Kent, una vez que a Berges le llegó ese ejemplar dedicado por Victoria en 1977. “Hasta septiembre de 1977, no conocí yo –no lo conoció en España casi nadie– este libro de Victoria Kent publicado hace treinta y un años. Ni siquiera tenía noticia de él”, escribía en la introducción a la edición española del libro Consuelo Berges. “Me lo envió ella misma desde Nueva York tras una emocionante carta suya escrita cuando, por un artículo mío reivindicatorio de ciertos derechos de nuestros escritores desterrados ... se enteró que yo estaba en este mundo y en Madrid”, concluía (Prólogo a *Cuatro años* 5-16).

Consuelo Berges y Victoria Kent se habían visto solo un par de veces, en las tertulias de la casa de Gabriela Mistral, durante la Segunda República en Madrid. Sin embargo compartían esa experiencia terrible parisina. “Durante la ocupación nazi de París, Victoria Kent y yo habríamos podido vernos allí. Pero no, no podíamos, no pudimos. Ni siquiera supe yo que ella estaba en París y mucho menos debía saber ella que en París estaba yo, una más, uno más de tantos españoles del éxodo y del llanto”, escribía Berges en la introducción de *Cuatro años de mi vida*. “Las dos, Victoria Kent y yo, éramos muy vulnerables a la interpelación policial. Monsieur vos papiers! Madame vos papiers! Yo por indocumentada, ella por excesivamente documentada” (Prólogo a *Cuatro años* 7).

Pero mientras que la clandestinidad de Victoria Kent fue exitosa, Consuelo Berges sí fue detenida, como ella misma temía, en París, en el año 1943, por la Gestapo, cuando le pidieron la documentación haciendo cola para obtener unos bonos para zapatos “con suela de madera”. Al estar indocumentada fue detenida. Primero pensaron que era una refugiada judía y la llevaron a un campo de concentración en Fuenterrabía. De allí, una vez identificada como española antifranquista fue deportada a la España de Franco.

Ese regreso fue duro y difícil. Le esperaba la cárcel porque le habían condenado, mientras estaba en el exilio parisino, por su actividad en la masonería y su vinculación a grupos “disidentes”. Pero de nuevo su familia, el ala más conservadora, su prima Concha Espina y sus hijos, así como amigas de Madrid que como muchos vanguardistas se habían implicado con el fascismo, como Matilde Marquina, le ayudaron.



Pero sí hubo intento de castigo. El que se puede pensar como el más duro para un escritor: la prohibición de rubricar con nombre propio sus trabajos (Balló 50). Ese deseo de silencio que le impuso la Dictadura, aunque en apariencia le alejó de la autoría, en realidad se violentó.

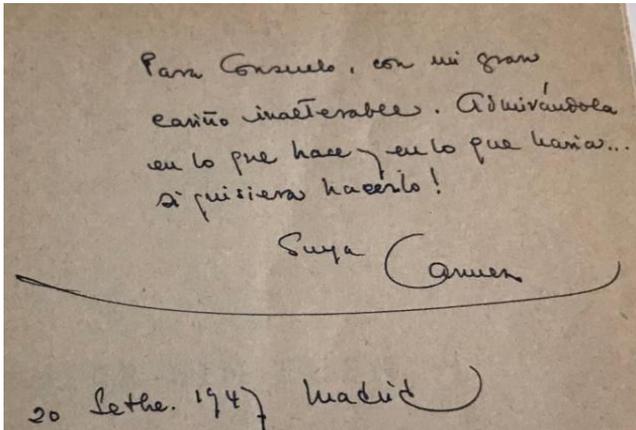
La dedicatoria de su buena amiga Rosa Chacel fue certera. Consuelo Berges sabía “improvisar”, era flexible y no se agotaba como sí le ocurrió a muchas de sus compañeras de generación. Se transformó en esos años “de destierro en casa” en una interprete de los trabajos de otros. Leía todos esos ejemplares de libros que le llegaban de sus amigas, ahora dispersas por multitud de países, siempre dedicados, los anotaba, los estudiaba y se preparaba. Tanto sus ediciones prologadas y corregidas de libros ajenos, como el de Victoria Kent, *Cuatro años de mi vida*, muy trabajado por Consuelo, como se observa en el ejemplar de su biblioteca –el dedicado por Victoria de la editorial Sur– repleto de notas manuscritas a lápiz, y de comentarios, como sus exquisitas interpretaciones y aproximaciones críticas insertas en sus prólogos a las obras de sus amigas, entre las cuales la mejor es sin duda la que abre la redición de *Historia de Java* de Elizabeth Mulder (1975). Y, sobre todo, sus traducciones, consideradas por público y crítica magistrales, de las obras de Flaubert, de Proust, de Montaigne, de Stendhal y de muchos más están llenas de su buen hacer. Y eso lo sabían desde siempre muchas de sus amigas. “A Consuelo Berges cuya clara inteligencia y fina sensibilidad conoce”, escribía Dulce María Loynaz en su dedicatoria de *Poemas sin nombre*, de forma rotunda en 1953 (fig.2).

En ese empeño, el de la traducción, edición y crítica, Consuelo Berges siempre negó la teoría de Ortega de que el traductor tiene que llevar al lector el lenguaje del autor. “Eso es una chambonada. Como dice Octavio Paz, lo literal nunca es bueno. Un traductor debe ante todo ser un buen escritor”, afirmaba Consuelo Berges, “Una buena traducción no debe de ser nunca una transposición, es ya de por sí un género literario, porque si el autor pone el alma y el hueso, el traductor pone la piel”, afirmaba Consuelo Berges en una de sus últimas entrevistas concedida a Juana Salabert (El País 13 de junio de 1980).

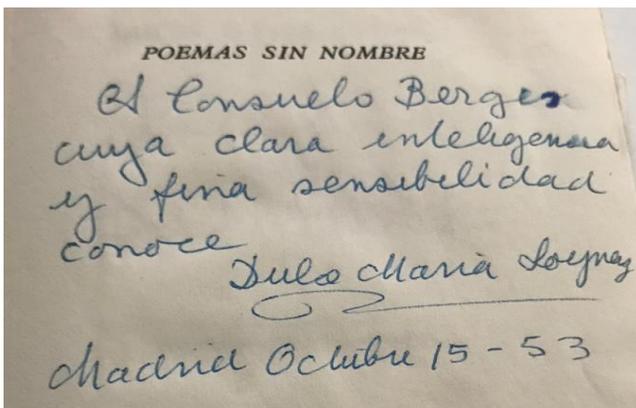
Es cierto que Consuelo Berges, con el apoyo y la mirada, muchas veces exigente, de todas sus amigas escritoras, plasmada en esas bellas dedicatorias manuscritas en los ejemplares de su biblioteca de Andrés Mellado, había esquivado a la Dictadura. A través de sus obras –recordemos su memorable traducción del *Rojo y Negro* de Stendhal que circuló y conmovió a los jóvenes lectores de todas esas dictaduras del mundo hispano hablante en los años setenta– Consuelo Berges, como ella misma señalaba, fue capaz de rescatar y recrear “Los verdaderos valores que el huracán brutal de la guerra civil y sus secuelas se nos llevó y quizás a algún otro (valor) de los que se quedaron entre los desterrados dentro de casa (*Historia de Java* 9).



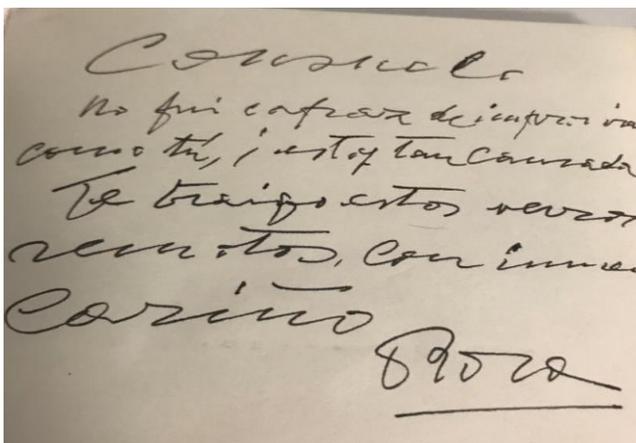
IMÁGENES



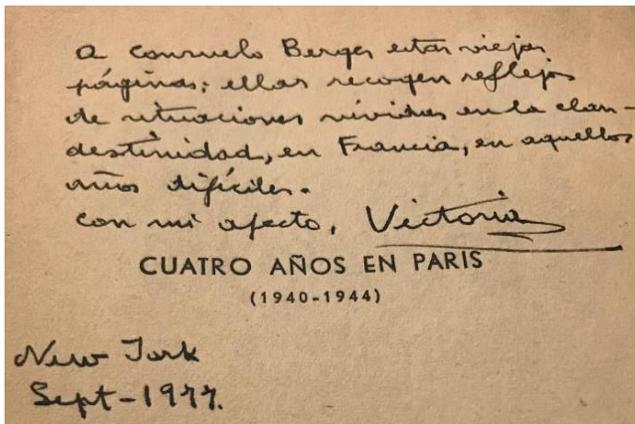
1. Dedicataria de Carmen Conde a Consuelo Berges de un ejemplar de *Júbilos* en 1947. (Biblioteca de Consuelo Berges/Fundación Consuelo Berges.)



2. Dedicataria de la escritora cubana Dulce María Loynaz a su buena amiga Consuelo Berges en *Poemas sin Nombre*, Madrid 15 de octubre de 1953. (Biblioteca de Consuelo Berges/Fundación Consuelo Berges.)



3. Dedicataria de Rosa Chacel a su buena amiga Consuelo Berges de un ejemplar de *Versos prohibidos*. (Biblioteca de Consuelo Berges/Fundación Consuelo Berges.)



4. Dedicatoria de Victoria Kent a su amiga, y en este caso editora y correctora, de un ejemplar de la edición española de *Cuatro años en París (1940-1944)*, Consuelo Berge desde Nueva York en septiembre de 1977. (Biblioteca de Consuelo Berge/Fundación Consuelo Berge)

BIBLIOGRAFÍA

- Balló, Tania. *Las sinsombrero*. Espasa, 2018.
- Benítez, Esther. "Entrevista -Truncada- con Consuelo Berge". *Cuadernos de traducción e interpretación*. Vol. XI y XII, 1989-1991.
- Berge, Consuelo. "Introducción". *Stendhal, Rojo y negro, Crónica del siglo XIX*. Alianza, 1969.
- . "Prólogo". Mulder, Elizabeth. *Historia de Java*. CVS ediciones, 1975, pp. 9-16.
- . "Raíz y fruto al viento de un escritor que se fue". *Triunfo*. n. 655, 1975, pp. 62-65.
- . "Prólogo". Kent, Victoria. *Cuatro años de mi vida*. Bruguera, 1978, pp. 5-16.
- Botrel, Jean François. *Libros y lectores en la España del siglo XX*. Rennes, JFB, 2008.
- Calvi, Maria Vittoria, "Paratexto y narración autobiográfica en la obra de Carmen Martín Gaité". José Teruel ed. de. *Historia e intimidad. Epistolarios y autobiografía en la cultura española del medio siglo*. Iberoamericana, Vervuert, 2018.
- Chartier, Roger. *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Gedisa, 1996.
- Genette, Gerard. *Umbrals*. Siglo XXI, 2001.
- . *Seuils*. Éditions du Seuil, 1987.
- Guardia de la, Carmen. "Las culturas de la sociabilidad y la transformación de lo político". *La España Liberal 1833-1874*. edición de Cruz Romeo, María y Sierra, María, Marcial Pons, 2014.
- . "El poder de los afectos. Amistad y cooperación entre las modernas españolas, latinoamericanas y estadounidenses (1920-1987)". Toboso, Pilar ed. de. *Redes, alianzas y grupos e poder en el mundo atlántico*. Síntesis, 2016.
- Mangini, Shirley. *Las Modernas de Madrid. Las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*. Península, 2001.
- Ortiz Albear, Navidad. *Masonas y republicanas*. Editorial Masónica, 2017.



Salabert, José. "Consuelo Berges, Un traductor debe ser ante todo un buen escritor". *El País*, 13 jun. 1980.

Ulacia Altolaquirre, Paloma. *Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas*. Renacimiento, 2018.

Valender, James. *Una mujer moderna. Concha Méndez en su mundo (1898-1986)*. Residencia de Estudiantes, Madrid, 2001.

Carmen de la Guardia Herrero es profesora del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid y directora asociada del programa de estudios graduados de la Escuela española de Middlebury College en Vermont, Estados Unidos. En los últimos años, ha recibido diferentes ayudas nacionales e internacionales –Fulbright, Gilder Lehrman in American History y Salvador de Madariaga, entre otras– que le han permitido realizar estancias de investigación en universidades estadounidenses y europeas. Interesada en la historia cultural y en los estudios de género, en la actualidad está reflexionando sobre la relación entre escrituras del yo y la disciplina histórica. Entre sus últimos libros destacan: *Victoria Kent y Louise Crane en Nueva York. Un exilio compartido* (2016); *Moving Women and the United States. Crossing the Atlantic* (2016); *Historia de Estados Unidos* (tercera edición 2012).

carmen.guardia@uam.es